

ALFAGUARA

Carlos Fuentes

LA REGIÓN MÁS

TRAN

SPAR

ENT



La región más transparente

ALFAGUARA



Carlos Fuentes

La región
más transparente

Cuadro cronológico

LA NOVELA

LA HISTORIA

1900

Nacimiento de Federico Robles, hijo de humildes peones, en una de las haciendas de la familia De Ovando.

Desde 1876, Porfirio Díaz es dictador de México: formación de grandes latifundios y recursos nacionales entregados a compañías extranjeras; represión policiaca y militar.

1905

Gervasio Pola, agitador intelectual, y Froilán Reyero, primo de Robles, participan en la huelga de los trabajadores de Río Blanco.

Huelga de los obreros textiles en Río Blanco, primera explosión de descontento popular contra la Dictadura. Revolución rusa de 1905.

1909

Robles es llevado a vivir a Morelia con un cura que lo emplea como sacristán. Gervasio Pola participa en la campaña presidencial de Madero.

Francisco I. Madero lanza su candidatura a la presidencia contra Porfirio Díaz. Crisis en los Balcanes.

1910

Gervasio Pola combate en las filas maderistas.

Reelección de Díaz. El 20 de noviembre Madero hace un llamado a las armas.

1911

Triunfo de la revolución maderista. La familia De Ovando sale rumbo al exilio en los Estados Unidos.

El ejército popular derrota a Díaz; el dictador renuncia y se exilia. Madero es elegido presidente, mantiene el aparato militar y administrativo de Díaz y no aplica las reformas sociales. Zapata enarbola la bandera de la reforma agraria. Guerra turco-italiana.

1913

Mercedes Zamacona abandona el convento y regresa a la hacienda de su familia en Michoacán. Gervasio Pola, encarcelado por Huerta, se evade para continuar la lucha en las filas zapatistas. Nacimiento de Rodrigo Pola.

Golpe de Estado reaccionario del general Victoriano Huerta. Asesinato de Madero. Levantamiento popular contra la nueva dictadura, dirigido por Venustiano Carranza en el norte y por Zapata en el sur.

1914

Robles es llevado por el cura a la hacienda de los Zamacona. Huye para unirse a las tropas revolucionarias.

Campaña revolucionaria contra Huerta. Victorias militares de Álvaro Obregón y Pancho Villa. Los revolucionarios prometen la reforma agraria. Huerta huye. Obregón ocupa la Ciudad de México. Primera Guerra Mundial.

1915

Muerte de don Francisco de Ovando. La familia se instala en París. Robles participa en la campaña contra Villa. Nacimiento de Manuel Zamacona.

La revolución triunfante se divide: facción burguesa de Carranza y facciones populares de Villa y Zapata. Villa es derrotado en Celaya por el general carrancista Obregón. Batalla de Ypres. Campaña de los Dardanelos.

1916

Rosenda Pola trabaja en un almacén de la Ciudad de México y educa a Rodrigo. Nacimiento de Norma Larragoiti.

Triunfo de la facción burguesa de la revolución: Carranza, Obregón, Calles, De la Huerta. Batalla de Verdún.

1917

Robles entra a la Ciudad de México con las tropas de Obregón. Doña Serena Palomo y Pioquinto siguen a Villa en su retirada hacia el norte.

Constitución revolucionaria: reforma agraria, protección obrera. Recuperación de riquezas del subsuelo. Villa ataca la población norteamericana de Columbus. Expedición punitiva de Pershing contra Villa. Los Estados Unidos entran a la Guerra Mundial. Revolución rusa.

1918

Nacimiento de Hortensia Chacón.

Carranza, presidente. Segunda batalla de Marne. Armisticio.

1919

Asesinato de Zapata por militares carrancistas. Conferencia de Versalles. República de Weimar.

1920

Bancarrota y suicidio del padre de Norma Larragoiti. La niña es llevada a vivir a la Ciudad de México con sus tíos.

Carranza aplaza la aplicación de las reformas. Calles, Obregón y De la Huerta se sublevan en Agua Prieta. Asesinato de Carranza. Briand y el Bloque Nacional.

1921

Robles estudia leyes con su compañero Librado Ibarra.

Obregón, presidente. Se inicia la reforma agraria. Los Estados Unidos, afectados por el artículo 27 constitucional, se niegan a reconocer al gobierno mexicano. Acuerdos con los Estados Unidos, que limitan el alcance de la reforma agraria. Poincaré y Harding, agitación fascista en Italia.

1924

Ibarra lucha por la reforma agraria. Robles se aprovecha de la venta de terrenos de las familias arruinadas por la Revolución. Nacimiento de Benjamín de Ovando. Rodrigo Pola va a la escuela con Roberto Régules.

Calles y De la Huerta se disputan la sucesión de Obregón. De la Huerta se subleva y es exiliado. Calles, presidente reorganiza la economía del país. Se inicia la política de desarrollo de las comunicaciones, construcción de escuelas y de presas. Los Estados Unidos impiden la nacionalización del subsuelo. Mussolini jefe del estado fascista italiano. Hitler encarcelado después del fallido *putsch* de Munich. Muerte de Lenin.

1928

Rodrigo Pola en la Preparatoria. Ibarra, abogado consejero de los sindicatos de izquierda.

El clero rechaza la legislación revolucionaria. Guerra de los cristeros. Asesinato de Serrano, candidato de la oposición. Obregón, reelecto, es asesinado por un católico. Primer plan quinquenal en la URSS. Trotski, exiliado en Alma-Ata.

1929

Robles se liga con explotadores de casinos. Ibarra es encarcelado por sus actividades de agitación sindical.

Calles, el Jefe Máximo, gobierna a través de presidentes nominales y se acerca cada vez más a los Estados Unidos (Morrow embajador). Corrupción de revolucionarios ávidos de rápidas recompensas. Desplome económico en los Estados Unidos.

1934

~~Ibarra sale de la cárcel. Robles acumula una fortuna en el negocio de bienes raíces.~~

~~Cárdenas, presidente. Calles cree que será otro fantoche. Cárdenas lo exilia y da nuevo impulso a la revolución: reforma agraria, organizaciones obreras y campesinas, educación popular. Hitler toma el poder en Alemania; Roosevelt y el *New Deal*.~~

1935

La familia De Ovando regresa a México. Robles, abogado y consejero de compañías norteamericanas. Noviazgo de Rodrigo y Norma. Rodrigo abandona a su madre.

La reforma agraria crea un mercado interno; migraciones del campo a la ciudad donde los campesinos se convierten en obreros o en lumpenproletariado. Consolidación de la dictadura de Stalin en la URSS; invasión de Etiopía.

1938

Robles entrega al líder Feliciano Sánchez. Ibarra trabaja para la educación nacional en el campo. Norma y la *dolce vita*.

Cárdenas lucha contra los caciques y nacionaliza el petróleo. Anexión de Austria. Guerra civil en España. Pacto de Munich. Anexión de los Sudetes.

1940

Matrimonio de Robles y Norma.

Ávila Camacho, presidente, da un viraje derechista a la política. La burguesía aprovechando las reformas revolucionarias se convierte en "la nueva clase". Asesinato de Trotski en México. Segunda Guerra Mundial.

1946-1952

Acción central de la novela.

Miguel Alemán, presidente. La burguesía mexicana en el poder.

Personajes

LOS DE OVANDO

Francisco de Ovando, dueño de grandes latifundios, emigrado con la Revolución.

Lorenza de Ovando, su mujer.

Joaquín de Ovando, su hijo.

Fernanda de Ovando, mujer de Joaquín.

Benjamín de Ovando, hijo de Joaquín y Fernanda.

Lucas de Ovando, sobrino de don Francisco.

Angélica de Ovando, su mujer.

Pimpinela de Ovando, hija de Lucas y Angélica; se casa con Rodrigo Pola en 1951.

LOS ZAMACONA

Padre Agustín Zamacona, cura en Morelia.

Ana María Zamacona, dueña de una pequeña hacienda cerca de Uruapan.

Ernestina Zamacona, su hija mayor.

Capitán Felipe Zamacona, hijo de Ana María, primero oficial de Huerta, luego de Carranza.

Mercedes Zamacona, hija menor de Ana María.

Manuel Zamacona, hijo menor de Ana María.

Manuel Zamacona, hijo único de Mercedes.

LOS POLA

Gervasio Pola, oficial de la revolución de 1910.

Rosenda Zubarán de Pola, su mujer.

Rodrigo Pola, hijo de Gervasio y Rosenda, novio de Norma Larragoiti, esposo de Pimpinela de Ovando.

LOS BURGUESES

Federico Robles, hijo de campesinos en una de las haciendas de los De Ovando, soldado de la Revolución, abogado y consejero de compañías extranjeras, banquero. Casado en primeras nupcias con Norma Larragoiti y por segunda vez con Hortensia Chacón.

Norma Larragoiti de Robles, primera mujer de Robles.

Roberto Régules, financista.

Silvia Régules, su mujer.

Betina Régules, su hija.

Jaime Ceballos, joven abogado, novio de Betina.

Juan Felipe Couto, hombre de confianza y especulador.

Don Jenaro Arriaga, banquero y especulador.

LOS SATÉLITES

Junior, hijo de millonarios.

Pichi, estudiante de filosofía.
Bobó Gutiérrez, rentista, organizador de fiestas.
Pedro Caseaux, jugador de polo, amante de Silvia Régules.
Charlotte García, introductora de celebridades.
Lally, modelo de pintores, musa de poetas, amante de Bobó.
Gus, homosexual de regreso.
Cuquita, cazadora de herederos.
Gloria Balceta, esposa de un diplomático.
Paco Delquinto, imitador local de Hemingway.
Juliette, imitadora local de Juliette Greco.
Chicho, seguidor.
Lopitos, secretario de hombres políticos.

LOS EXTRANJEROS

Príncipe Vampa, cocinero italiano que se hace pasar por noble.
Dardo Moratto, escritor argentino, exsecretario de Victoria Ocampo y corrector de pruebas de Jorge Luis Borges.
Natasha, antigua cantante de cabaret en San Petersburgo, París y Berlín. Estrenó varias canciones de Kurt Weill.
Contessa Aspacúcoli, de la pequeña nobleza alemana.
Conte Lemini, nacido Thomas Schwartz, aventurero texano que ha levantado una fortuna sobre los yacimientos mexicanos de azufre.
Fabio Milós, poeta imaginista sudamericano, posteriormente eclipsado por Pablo Neruda.
Soapy Ainsworth, heredera norteamericana de una cadena de detergentes.
Pinky, príncipe serbio, primo en tercer grado del rey Alejandro asesinado en Marsella.
Simón Evrahim, sirio-libanés, productor de películas.

LOS INTELIGENTES

Estévez, introductor de Heidegger en México.
Bernardo Supratous, diletante, autor de algunos poemas imitados de E. E. Cummings.
López Wilson, marxólogo.
Luis Pineda, editor de revistas satírico-literarias, después cónsul de México en Oporto.
Pablo Berea, poeta, después alto funcionario.
Jesús de Olmos, poeta y periodista.
Ramón Frías, poeta, después embajador.
Jorge Taillén, poeta y antropólogo.
Roberto Ladeira, poeta de obra dispersa; se suicidó en 1939.
Tomás Mediana, poeta, muerto trágicamente en 1950.
Chino Taboada, director de telúricos melodramas cinematográficos.

EL PUEBLO

Gladys García, fichera de cabaret.
Juan Morales, ruletero.
Rosa Morales, su mujer.

Pepe, Juan y Jorge Morales, sus hijos.

Pioquinto, guardavías.

Magdalena, su mujer.

Fidelio, su hijo, mozo de café.

Gabriel, su hijo, obrero y espalda-mojada.

Pepa, su hija, desocupada.

Doña Serena, antigua soldadera de Pancho Villa.

Palomo, antiguo sargento de la División del Norte.

Beto, ruletero.

Tuno, obrero.

Fifo, desocupado.

Hortensia Chacón, mecanógrafa, segunda esposa de Federico Robles.

Donaciano, burócrata, primer esposo de Hortensia Chacón.

LOS REVOLUCIONARIOS

Froilán Reyero, primo de Federico Robles, organizador de la huelga obrera de Río Blanco.

Pedro Ríos, soldado maderista.

Sindulfo Mazotl, soldado zapatista.

General Inés Llanos, partidario de Zapata, lo abandona para unirse al dictador Huerta.

Librado Ibarra, abogado sindical.

Feliciano Sánchez, líder obrero.

LOS GUARDIANES

Ixca Cienfuegos

Teódula Moctezuma

Mi nombre es Ixca Cienfuegos. Nací y vivo en México, D.F. Esto no es grave. En México no ha tragedia: todo se vuelve afrenta. Afrenta, esta sangre que me punza como filo de maguey. Afrenta, mi parálisis desenfrenada que todas las auroras tiñe de coágulos. Y mi eterno salto mortal hacia mañana. Juego, acción, fe —día a día, no sólo el día del premio o del castigo: veo mis poros oscuros y sé que me lo vedaron abajo, abajo, en el fondo del lecho del valle. Duende de Anáhuac que no machaca uvas —corazones; que no bebe licor, bálsamos de tierra— su vino, gelatina de osamentas; que no persigue la piel alegre: se caza a sí mismo en una licuación negra de piedras torturadas y ojos de jade opaco. De hinojos, coronado de nopales, flagelado por su propia (por nuestra) mano. Su danza (nuestro baile) suspendida de un asta de plumas, o de la defensa de un camión; muerto en la guerra florida, o en la riña de cantina, a la hora de la verdad: la única hora puntual. Poeta sin conmiseración, artista de tormento, lépero cortés, ladino ingenuo, mi plegaria desarticulada se pierde, albur, relajo. Dañar me da a mí siempre más que a los otros: ¡oh derrota mía, mi derrota, que a nadie sabría comunicar, que me coloca de cara frente a los dioses que no me dispensaron su piedad, que me exigieron apurarla hasta el fin para saber de mí y de mis semejantes! ¡Oh faz de mi derrota, faz inaguantable de oro sangrante y tierra seca, faz de música rajada y colores turbios! Guerrero en el vacío, visto la coraza de mi bravuconada; pero mis sienas sollozan, y no cejan en la búsqueda de lo suave: la patria, el clítoris, el azúcar de los esqueletos, el cántico frisado, mimesis de la bestia enjaulada. Vida de espaldas, por miedo a darlas; cuerpo fracturado, de trozos centrífugos, gimientes de enajenación, ciego a las invasiones. Vocación de libertad que se escapa en la red de encrucijadas sin vértebras. Y con sus restos mojamos los pinceles, y nos sentamos a la vera del camino para jugar con los colores... A mí nacer, muerto, quemaste tus naves para que otros fabricaran la epopeya con tu carroña; al morir vivo, desterraste una palabra, la que nos hubiera ligado las lenguas en las semejanzas. Te detuviste en el último sol; después, la victoria azorada inundó tu cuerpo hueco, inmóvil, de materia, de títulos, de decorados. Escucho ecos de atabales sobre el ruido de motores y sinfonolas, entre el sedimento de los reptiles alhajados. Las serpientes, los animales con historia, dormitan en tus urnas. En tus ojos, brillan la jauría de los soles del trópico alto. En tu cuerpo, un cerco de púas. ¡No te rajes, manito! Saca tus pencas, afila tus cuchillos, niégate, no hables, no compadezcas, no mires. Deja que toda tu nostalgia emigre, todos tus cabos sueltos; comienza, todos los días en el parto. Y recobra la llama en el momento del rasgueo contenido, imperceptible, en el momento del organillo callejero, cuando parecería que todas tus memorias se hicieran más claras, se ciñeran. Recóbrala solo. Tus héroes no regresarán a ayudarte. Has venido a dar conmigo, sin saberlo, a esta meseta de joyas fúnebres. Aquí vivimos, en las calles se cruzan nuestros olores, de sudor y pachuli, de ladrillo nuevo y gas subterráneo, nuestras carnes ociosas y tensas, jamás nuestras miradas. Jamás nos hemos hincado juntos, tú y yo, a recibir la misma hostia; desgarrados juntos, creados juntos, sólo morimos por nosotros, aislados. Aquí caímos. Qué le vamos a hacer. Aguantarnos, mano. A ver si algún día mis dedos tocan los tuyos. Ven, déjate caer conmigo en la cicatriz lunar de nuestra ciudad, ciudad puñalada de alcantarillas, ciudad cristal de vahos y escarcha mineral, ciudad presencia de todos nuestros olvidos, ciudad de acantilados carnívoros, ciudad dolor inmóvil, ciudad de la brevedad inmensa, ciudad del sol detenido, ciudad de calcinaciones largas, ciudad a fuego lento, ciudad con el agua en el cuello, ciudad del letargo pícaro, ciudad de los nervios negros, ciudad de los tres ombligos, ciudad de la risa gualda, ciudad del hedor torcido, ciudad rígida entre el aire y los gusanos, ciudad vieja en las luces, vieja ciudad en su cuna de aves agoreras, ciudad nueva junto al polvo esculpido, ciudad a la vera del cielo gigante, ciudad de barnices oscuros y pedrería, ciudad bajo el lodo esplendente, ciudad

de víscera y cuerdas, ciudad de la derrota violada (la que no pudimos amamantar a la luz, la derrota secreta), ciudad del tianguis sumiso, carne de tinaja, ciudad reflexión de la furia, ciudad del fracaso ansiado, ciudad en tempestad de cúpulas, ciudad abrevadero de las fauces rígidas del hermano empapado de sed y costras, ciudad tejida en la amnesia, resurrección de infancias, encarnación de pluma, ciudad perro, ciudad famélica, suntuosa villa, ciudad lepra y cólera, hundida ciudad. Turbulencia incandescente. Águila sin alas. Serpiente de estrellas. Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer. En la región más transparente del aire.

Gladys García

—¡Boinas!

El barrendero le dio un empujón en las nalgas, y Gladys respiró la mañana helada. Echó el último vistazo al espejo gris, a los vasos ahogados de colillas, del cabaret. Chupamirto bostezaba sobre bongó. Las luces limón se apagaron, devolviendo su opacidad descascarada a las pilastras de palmer. Algún gato corría entre los charcos de la calle: sus pupilas, alfileres de la noche pasada. Gladys quitó los zapatos, descansó, encendió el último (boquita trompuda, dientes cincelados de oro), cigarrillo que le tocaba cada quince minutos. Guerrero ya no estaba anegada y pudo calzarse. Empezaban a correr las bicicletas, chirriando, sin sombra, por Bucareli; algunos tranvías, ya. La avenida semejava una cornucopia de basura: rollos de diario derelicto, los desperdicios de los cafés chinos, los perros muertos, la vieja hurgando, clavada, en un bote, los niños dormidos removiéndolos en la nidada de periódicos y carteles. La luz del más tenue de los cirios fúnebres. Del Caballito a los Doctores, arrancaba un ataúd de asfalto, triste como una mano tendida. Sólo la resurrección daría sangre y pálpitos a este collar. Pero ya bajo el sol, ¿vivía? Desde la perspectiva de Carlos IV y su corona de neones enanos

LOTONAL RESPONDEMOS DE LAS CUATROQUINTASPARTES

DE SU HIGHBALL GOODRICH

DE SU HIGHBALL GOODRICH

Gladys no podía hablar de las fritangas y los gorros de papel de los voceadores y sus soldaderos panzonas, porque desconocía lo diurno, del aire viejo, empolvado, que va masticando los contornos de las ruinas modernas de la aldea enorme. Iba caminando sola, su cuerpecillo de tamal envuelto en raso violeta brillante, ensartado en dos palillos calados sobre plataformas: bostezaba para rascarse los dientes de oro: la mirada, bovina, los ojitos, de capulín. ¡Qué aburrido caminar sola por Bucareli a los seis y cuarto! Tarareaba la letanía que noche tras noche le había enseñado el pianista gordo del Balneario Hai, *mujer, mujer divina ésa me la cantaba Beto; ése sí que me trajo al trote, con eso de ser ruletero y sacarme a pasear en el coche, ¡qué machote y qué vacilador!* “*Vieja que se sube al coche vieja que me bombeo*”, decía;

“—¿Estás sola, chata?”

“—Estoy contigo, ¿me siento?”

Ya Chupamirto lo conocía, y le dedicaba sus mambos por el micrófono, yo soy el ruletero, que soy el ruletero que no, el ruletero

“—Estás muy buena, chata aaayyyjj por abajo anda el jarabe al son de las copetonas.

”—No te calientes, granizo

”—Pa’su...

”—Ay, qué siento, qué siento

que sí, que no, el ruletero y chanceador como él solo, cómo me gusta, con su sueterzote de canario

”—¿A ti no te agarró alguien de puerquito en la escuela, chata?”

”—¿En la escuela? Estás chanceando.

”—Conmigo se metía un tipo así de grandote, le decían el Mayeya y me traía maloreado. Yo tocaba el tilique en aquella época, y él grandote, torciéndome las orejas. Hasta que maté a un cuate y me mandaron dos años a la Peni. Lo vieras ahora. Me lo encuentro y no es sonrisota de cuatacho la que me hace. Pero yo tampoco me meto con nadie. Ya ves los líos que tiene uno ruleteando; que se bajan, que

te la mientan. Pues que me la mienten. ¿Qué es peor? ¿Morirte en la cama? ¿O que un cristiano venga y te mande al otro barrio? ¿Para qué hacerle un favor a nadie? Palabra.”

Pero ya se lo había dicho, no le había tomado el pelo:

“—Tendría harta lana si no fuera por las viejas y el bailecito. Todos los días tengo que meterme por ahí, a bailar. Suave, chánchararancha, cháncharara... Qué quieres. Así me hicieron, med... drácula...”

Así nos hacen. No había vuelto a sentir lo que con él. Pero los prietos prefieren a las güeras, aquélla se lo llevó. Beto. Y ahora el viejecillo flaco y con halitosis que la buscaba todos los viernes en la noche presumiendo de alto funcionario de alguna Secretaría. El único que le dejaba lana. Se le ponía de nevero, le apretaba la cintura y gritaba: “¡Raza de bronce, cabrona raza de bronce!” Y luego le contaba el gran chiste de cómo venía los viernes porque ese día le daba a su mujer la excusa del balance de fin de semana. Pero no era lo mismo que con Beto.

“—¿Le gusta el chou del Bali-Hai?

”—Me encanta, ¡qué caray!, me encantas tú...

”—Venga más seguido, pues. Mire cómo será, que nomás los viernes. Si no es obligación.

”—Ya te he dicho que el viernes hago pato a la vieja; mira, ese día nos pasan...”

Aquí había nacido Gladys, en los palacios huecos de la meseta, en la gran ciudad chata y asfixiada en la ciudad extendiéndose cada vez más como una tiña irrespetuosa. Un día quisieron llevarla a Cuernavaca unos abarroteros con automóvil, y el coche se descompuso en Tlálpam. No sabía de montañas o de mar; la brizna del jaramago, el encuentro de arena y sol, la dureza del níspero, la hermosura elemental... *qué retechula ha de ser la mar...* Amarrada al cemento y al humo, a la acumulación de brillantes desperdicios. Los ojos cerrados, siempre cerrados. Llegó al fin a los Doctores, rendida. Encendió la veladora, *Vos sois rica y nosotros pobres; Vos todo lo tenéis y nosotros no tenemos nada; ¿Por ventura no sois la madre de misericordia?, la jicotera no tiene cintura y se acostó. ¿Borregos? Fichas, fichas cayendo sin eco sobre la mesa. Diez pesos. Ya no hacía tanta lana. Se le apretaban los clientes. ¿Vieja? Treinta años. ¿Jodida? Que lo diga Beto. Por primera vez, se le ocurrió pensar qué iba a ser de ella cuando ya no pudiera ganarse la vida en el Bali-Hai. ¿Cómo gana la vida? *Voy a ir mañana a un comercio. A ver cuánto pagan de vendedora.* Tenía que impresionar; Liliana le prestaría el zorro, y si no el conejo propio. *¿Dónde está ese perfume que me regalaban a la entrada de un cine? Rímmel a chorros; no hay nada peor que una carota de gringona desabrida...* Fichas, fichas, *la cucaracha no pué caminá* acurrucada contra el muro frío, iluminada por la veladora, sentir que se perdían sus piernas y el vientre se la hacía grande, grande *que vuestro virginal manto cubra siempre a vuestros hijos, guardadlos, son vuestros para siempre, ¡oh celestina! Tesorera del Corazón de Jesús!, a vuestros hijos.**

Salió de la tienda de modas a la avenida. La lluvia se soltó, confundida con los edificios grises. Lluvia de ciudad. Contagiada de olores. Mancha las paredes. No se mete en la tierra. Lluvia mineral, desconcierto de cabezas bajas, sumisas al lívido timbal del cielo, cabezas gachas, mojadas de lluvia y vaselina. Surtidores del cielo mexicano: esperando el silencio desesperado, esperando junto a los muros, como los condenados junto al paredón: la fusilada que no llega, los cuerpos enjutos y grasos junto a la lluvia disueltos en el vaho de gasolina y asfalto, momias de un minuto junto a la lluvia. Baños de la lluvia: los letreros despintados, el bostezo de las piedras, la ciudad como una nube tullida, olor de viejos de piel y vello, de garnachas y toldos verdes, mínimo murmullo de ruedas, chisquetes y canciones: el cielo se abría sin otorgar, el cemento y los mexicanos no pedían: que luchen lluvia y polvo, que se muerdan viento y rostros, que se espere pegado a las paredes, ensopado, los bigotillos, los ojos vidriosos, los pies húmedos, comprimido en su carne espesa, maloliente e insano, plagado de cataratas y forúnculos, dormido en los nichos como ídolo eterno, de cuclillas junto a la

muros acribillados de soledad, escarbando en la basura algo que roer, que se espere, raza de murciélagos. Que se espere ahí: más cerca del origen húmedo, más cerca de los rincones: lluvia en los rincones, toses pequeñas y huecas ¿que se abrazaran, solos, juntos bajo la lluvia? un abrazo de todos cuando los perfiles del firmamento negro dicen: tú aquí, ellos allá. Gladys sorbía las gotas de su nariz. El rímmel le escurría como un llanto de noche. El conejo apestaba. Gladys se detuvo y sacó la mano.

(—Muy guaje, ¿no? Miren: mucho ojo. Eso se saca una por meterse con apretados. ¡A la chingada! ¿Hora? Seis. Abren a las nueve. Y está lloviendo a trancazos.)

¡Ora sí t'enjuagates, chilindrina!, pasó una bicicleta frenando. Se abría la noche, su noche, noche que le reservan los ángeles y el vacío. La ciudad olía a gas mientras Gladys ambulaba por Avenida Juárez. ¿Dónde estaban los demás, las gentes a las cuales querer? ¿No había, por ahí, una casa caliente donde meterse, un lugar donde caber con otros? Sus gentes...

el viejo era pajarero; salía muy de mañana a agarrarlos, mientras la madre le hacía el café con piquete y nosotros arreglábamos las jaulas. Junto al puente de Nonoalco. Le pusieron Gaudencia. Quién me manda nacer un veintidós de enero. Las láminas ardían en verano, y a todos se les calentaba la sangre. En un catre, los viejos y el escuinclé. En el otro, yo con mis hermanos. Ni me di cuenta, ni supe cuál de ellos me hizo la desgraciadura. Pero las láminas ardían, todos estábamos muy calientes y muy chamacos. Tenía trece años. Así comienza uno. Y luego ya no los vuelve a ver.

Frente al Hotel del Prado se topó con una comitiva de hombres altos y mujeres rubias, alhajada que fumaban con boquillas. Ni siquiera eran gringos, hablaban español...

—Rápido, Pichi, vamos a tomar un taxi.

—Voy, chéri. Déjame arreglarme el velo.

—Nos vemos en casa de Bobó, Norma. No llegues tarde: para las orgías, puntualidad británica...

—Y además, el canalla de Bobó cambia de la Viuda a Ron Negrita en cuanto se levantan los coros de las bacantes.

—¡Chao, viejita!

—Too-toot.

y parecían dioses que se levantaban como estatuas, aquí mismo, en la acera, sobre las orugas prietas de los demás, ¡qué de los demás!, sobre ella que estaba fundida, inconsciente, hermana de los vendedores de baratijas pochos, jafprais, berichip, de los de la lotería, de los voceadores, de los mendigos y los ruleteros, del arroyo de camisetas manchadas de aceite, rebozos, pantalones de panzacles rotos, que venía hollando la avenida. Pero en el siguiente puesto, entre uno de bolsas de cocodrilo y otro de cacahuete garapiñado, gastó dos pesos en una boquilla de aluminio.

El lugar del ombligo de la luna

Junior hablaba como tarabilla mientras, concienzudamente, picoteaba el seno derecho de Pichi. En la noche lluviosa, el taxi se mostraba poco eficaz en salvar hoyancos, y cada brinco del chasis aumentaba la presión de Junior sobre Pichi; ésta miró hacia la izquierda y consultó su reloj.

—Verás qué padres fiestas arma Bobó. Ahí estarán el poeta Manuel Zamacona, Estévez el filósofo existencialista, el Príncipe Vampa —que es un tío de capa y espada— y Charlotte García, la famosa internacional, y miles de aristócratas y pintores y jotos: el todo México. Bobó hace unos cambios de luz brutales, y no se escandaliza de que alguien o alguienes se encierren media hora en su recámara; ¡todos son tipos que saben vivir! Mi papá es fantástico; cada vez que vengo a casa de Bobó me hace una cara así de larga y empieza a gruñir sobre el corn-flakes: “viciosos, dipsómanos, amapolos”. ¡Qué salida tan buena!, ¿verdad? El pobre viejo sólo sabe hablar en inventario. Fíjate la lata de ser sel made man. Pero mientras me pase la mensualidad, chás-chás.

Pichi metió su cabecita de poodle en la nuca de Junior: —¡Qué excitante, Junior! ¡Conocer tantos intelectuales! La crema de la crema, como quien dice. A mí también me costó trabajo independizarme, pero no creas, y de no haber ido a tomar estas clases de psicología, sólo Dios sabe qué complejo me hubiese tragado. Hmmm, qué rico Yardley usas...

El taxi se detuvo frente a la casa de apartamentos —balcones de mosaico multicolor, gran torcedero de vidrio liso— desde cuyo penthouse chiflaba hacia la noche un repique de vasos.

—Mira —le dijo Junior al chofer—: Ahora te vas al 3094 de Monte Ararat a recoger a una señora llamada Pita y sale.

—No puedo, jefecito —remilgó el chofer rascándose una cicatriz roja en la frente—. Hoy sí que no puedo; si no, con mucho gusto.

—¿Cómo que no? ¿De cuándo acá nos damos ese taco? —replicó Junior al mismo tiempo que, trasladado ya a la sala de Bobó, se esforzaba por mostrar los puños sedosos de su camisa.

—No, de veras —insistía el chofer—. Cualquiera otro día. Barrilaco está retealejado.

Junior prendió el briquet y recorrió el interior del automóvil:

—¿Conque don Juan Morales, placas 37242? Ya hablaremos con el dueño de la flotilla...

Juan Morales dibujó una sonrisa:

—Ya estaría de Dios... —y arrancó. Se contuvo las ganas de refrescársela con el claxon rascándose la cicatriz, metió segunda y comenzó a chiflar.

—Pelados, cada día más pelados —gimió Junior y, con Pichi del brazo, tomó el ascensor.

—Un besito, gorda, así mira... No te hagas la remolona.

—Después, Junior... no me desarregles el velo. Sígueme contando, ¿quiénes más vienen?

—Pues de los rancios, la Pimpinela, y la niña dorada. ¡Pierrot es cumbre; le dicen la niña mala porque su familia bien!, vas a ver... ah, y el tal Cienfuegos. Mucho cuidadito. De ése te me mantienes alejada.

La puerta de laca se abrió sobre una atmósfera cargada de humo de cigarrillo, vencedor de los coquetos pebeteros y de los perfumes surtidos. Pichi y Junior entraron riendo a grandes voces.

—¡Bobó, Bobó!

—¡Caros! Entren a aprehender las Eternas Verdades. Por ahí anda un indígena con charola de bebestibles. Voici, oh Rimbaud!; le temps des assassins.

Bobó corrió saltando, su chaleco floreado un anuncio de bonhomía, a callar a la concurrencia. En el pequeño estrado, junto a la escalera, la declamadora (del circuito del Caribe, naturalmente) había tomado su lugar y miraba con intensidad al suelo, como si de él debiera surgir la repetición ludicoliteraria del festín de Baltasar. Al hacerse el silencio, la eximia, con un drástico movimiento de torso, las manos extendidas, la tela neohelénica apretada a la cintura, el busto arremangado, tornó los ojos al cielo raso:

Telúricos de mi tierra
ayes en los senos crío
a los que la voluntad se aferra,
pescada en Rubén Darío...

Los invitados se fundieron en la melodía. En torno a Manuel Zamacona, una docena de jóvenes y ancianas formaban corte; Estévez conversaba en un rincón con dos muchachas de gafas. Pierre Caseaux mantenía un cuchicheo discreto: gracioso balancear de la gran copa de cognac. Charlotte García, en el acto de blandir con irreverencia sus impertinentes sobre la cabeza de la masa mientras Gus, en compañía del Príncipe Vampa, insinuaba su impaciencia por la falta de fotógrafos en la reunión. Silvia y Roberto Régules habían fijado su sonrisa favorita, heladamente sentados en el sofá como en la espera entre dos trenes lentos que al cabo no se han de tomar. El humanista argentino

Dardo Moratto examinaba los escasos libros de la estancia. La declamadora acompañaba de lejos exacta en la distancia que un buen pianista de bar sabe mantener bajo las voces de la clientela. Pichi Junior se acercaron al abrevadero, no sin antes decirse *Hmmm* y sobar narices.

—Todavía no empieza lo bueno —se acercó a decirles Bobó—. Dejen que llegue Lally con los bongoceros.

Ixca Cienfuegos entró en la sala, se detuvo y encendió, con una mueca, un cigarrillo *primero, dejarse llevar; no hacer preguntas, no ver caras: dejarse llevar por el rumor y las sombras por los borrones. Cambio de luces. Amarillo. Les va bien. Debía instalar Bobó unos rayos X. ¿Hace falta? Espejos. Los borrones se reproducen al infinito. Luces, espaldas, talles, tantas axilas tantas veces rasuradas, la conciencia en los senos, la mecánica de expeler humo, dejarse llevar, los tufos. carne y olor, no es posible desentenderse de ellos, pero sí hacerlos elegantes. Esta carne no es elegante, esta carne es refinada, este olor es ofensivo, este olor es aristocrático. Caras, hasta el ratón. Ahora, dejarse llevar. Olvidarse de sí, clave de las felicidades, que es olvidarse de los demás; liberarse a sí: sojuzgar a los demás.*

Copias fotográficas en relieve ahorcadas a las paredes —escarlata, siena, cobalto— del dúple Chagall, Boccioni, Miró, y un solo original: búfalos azules en una arena teñida de un color ictio, de Juan Soriano. Por el suelo, los ídolos; bajo un ciclista en proceso de futurizarse, la herida abierta de una Coatlicue enana. Enredadera y palo-bobo brotaban junto al ventanal enorme, y entre las botellas de la cantina decorada con azulejos poblanos una gringa de carnes nailon, recortada del *Esquire* telefoneaba con una mirada de la más dulce cachondería. Manuel Zamacona, semirrecostado en un diván, se acariciaba el pelo revuelto. Al perfil griego le sobraban dos grandes carrillos, y de sus labios caía sin interrupción una fumarola que, expelida con lentitud sagrada, mantenía la atención de los acólitos —jóvenes escritores invitados por el delirio potpurrista de Bobó, ancianas maquilladas que alguna vez se dejaron seducir por Barba Jacob— en la línea de su faz que Zamacona sabía muy atractiva:

—Ahora, a lo que no puede renunciar el poeta es a la vital tarea de llamar al pan y al vino de otras maneras. Pero esto, obviamente, supone que se tiene una conciencia lúcida de lo que son pan y vino. Entonces se puede ir más allá, al centro de las cosas: dominarlas, dejar de ser sus esclavos...

—Pero el poeta es, sobre todo, un hombre que nombra cosas —dijo un astigmático joven.

—Sí, pero que no encabeza sus “nombramientos” con las siglas de la United Press. ¿O qué, pues que el nivel de comprensión que le ha correspondido, históricamente, es deleznable, por ese solo hecho la poesía debe descender a fundirse en la época, so capa de “inteligibilidad”, y a desaparecer con ella?

—Ay, qué bonito...

—Soberbia, señor Zamacona, digo yo...

—Sí: que alguien la posea. Ustedes hablan mucho del imperialismo yanqui. Yo me pregunto abaratando nuestras palabras, es decir, nuestra imaginación, no lo ayudamos, y si, por el contrario intentando —con esa humildísima soberbia— llevar a su más alta expresión nuestras palabras nuestra imaginación, no somos, acaso, más hombres y más mexicanos...

—La lucha contra el imperialismo tiene que ser directa, llegar al pueblo.

—No me desprecie a este pobre pueblo. ¿Qué cree usted, sinceramente, que sabrá, a la postre entender mejor nuestro pueblo: “Vuelvo a ti, soledad, agua vacía, agua de mis imágenes, tan muerta o “Gran Padre Stalin, baluarte del obrero”? Además, no confunda las cosas. Sea bienvenida su lucha contra el imperialismo, amigo, pero que sea efectiva: contra el imperialismo se lucha en su terreno e intereses, no escribiendo cuplés realistas-socialistas. Pero en realidad, ¿qué le interesa a usted más luchar efectivamente contra el imperialismo, o sentirse un hombre justo colocado del lado del bien digno de señalar y condenar a los hombres malos?

El joven astigmático se puso de pie, regando de ceniza a las ancianas:

—¡Decadente, vendido, artempurista! ¿Cuánto le paga el Departamento de Estado?

Manuel Zamacona aspiró serenamente su humo:

—Hasta para ser payaso se requieren integridad e imaginación.

Federico Robles apretó un botón.

—Sí señor —gimió, ronca, la voz de la secretaria.

Robles inclinó la cabeza, pegó la boca al micrófono, tocó con la yema del pulgar su corbata de seda:

—Convoque a los de la Limitada para el sábado a las diez. Asunto: transmisión de la parte social de Librado Ibarra. Puntualidad. Puede usted pasar la llamada de Ibarra, si vuelve a telefonar. Es todo.

—Sí, señor.

Con el ¡clic! del aparato, Robles se levantó de la silla de cuero. En la oficina alfombrada, entre las paredes de caoba, el penduleo del reloj sonaba a memoria. Las nueve de la noche. Federico Robles observaba su reflejo fantasmal en la ventana. Se había blanqueado, igual que el general Díaz. Hasta él veía distinguido. Pasaba las uñas por una solapa creada con el objeto de disimular la barriga. Veía los dedos manicurados, con deleite. Sonó el aparato.

—El señor Librado Ibarra al teléfono, señor...

—Pásela.

Robles cerró los ojos. Pase la llamada. Librado Ibarra. Librado Ibarra. Debía imaginarlo, de un golpe: tres mil pesos de aportación. Traje ratonero. El eterno olor a cocina barata. Calvo. Peinado comprado prestado, hilo de gomina. Los ojillos bulbosos, sumisos. *¿Y algo más? Sí... no, nada más, nada más.*

—Pásela... ¿Qué hay, Ibarra? ¿Cómo sigue esa pierna? Vaya pues. No, no estaba en la oficina. ¿No se lo dijeron? ¿Qué se le ofrece, pues?

un pie destrozado por la máquina; la máquina sigue funcionando, empieza a gruñir, a masticar con avidez la materia extraña: la carne de un viejo que ha ido a que lo mastiquen el acero y las tuercas

—Sí, cómo no. Siento no haber podido ir al hospital. Usted se da cuenta que junto a esta pequeña sociedad llevo otras más importantes... No, no llegó aquí ningún recado... Claro, qué se le va a hacer con tres mil pesos de aportación, empresa común, veintitrés socios, un viejo de trajes apestosos, para cuidar la máquina y ver que los obreros no hagan chanchullos

—¿Cómo, Ibarra? ¿Accidente de trabajo? ¿De qué habla usted? ¿Con qué clase de su baboso cerebro que está hablando? ¿Eh?

Sociedad de Responsabilidad Limitada, S. de R.L.

—No, amigo. Se equivoca usted de medio a medio. Usted prometió prestaciones accesorias como socio. Tome sus accidentes de trabajo. Eso digo: tome... ¿Responsabilidad limitada? No sea usted ingenuo. ¿Con quién cree que está hablando, eh? ¿Se figura que una institución seria de crédito contrataría con nosotros si no respondiera yo ilimitadamente? Vaya con usted tres mil pesos de aportación; todos los ahorros; la cantinela de todos: todos mis ahorros y ahorros imposibilitado

Robles pegó con el puño en la mesa: una vena verde se abrió en el vidrio: —¿Junta de conciliación? Mire, tarugo: usted no es trabajador, sino socio. ¿Ahora lo viene a averiguar? Pero vaya nomás a su junta de conciliación. Vaya nomás. ¿Sabe lo que es poner en el índice?... Menos mal. ¿Su qué? El sábado hay asamblea. Vamos a ver si unánimemente se aprueba su solicitud, ¿eh? A ver si su dinerito sale así nomás

cuesta trabajo echar a andar una empresa, grande o chica; qué saben éstos. Una pata coja y tres mil pesos no van a echarla a rodar; todo está contra uno en este país... se empieza dando concesiones con los negocios pequeños y luego...

—Adiós Ibarra. Que esté usted bien.

Robles colgó la bocina. La carta sobre la Anónima. *Muy estimado amigo: Usted sabe que durante el año en curso parece previsible que más del 50% de las Sociedades que se funden serán precisamente Sociedades Anónimas. ¿No le parece significativo que...*

Robles apretó un botón.

¿Qué decir de los muebles de Bobó? Exigían posturas del Bajo Imperio, y las mesitas chaparrales repletas de vajilla de carretones repleta de uvas de vidrio azul, invitaban a ello. Una edición intonsa de la filosofía estética de Malraux, lado a lado con las obras completas de Mickey Spillane y *Las iluminaciones*, hacía fila india en el pequeño estante de cristal. En un atril de madera, *Los cantos de Maldoror* y dos ceniceros peruanos. Y en cada peldaño de la escalera, una maceta con su nopal. Pierre Caseaux seguía balanceando el cognac. A su vera, Pichi y Junior reían en oleadas rítmicas, obligados a respuesta al bon vivant por excelencia.

—Pierre acaba de regresar de Inglaterra, Pichi.

—Que vale decir de Saville Row, queridos. No existe país que de tal manera se limite a una calle. Sin embargo, ven, de esta última excursión traigo un descubrimiento satisfactorio: la austeridad culinaria parece haber afectado positivamente la otra, tradicional austeridad. ¿Saben? Ya gozan de vida vis-á-viscera. ¿Quién es la glamorosa en turno, Junior?

Roberto Régules no debía perder la sonrisa. Roberto Régules miraba fijamente el perfil de su esposa. La papada comenzaba a colgarle. Al casarse con ella, había imaginado que nunca podría ver o sentir que le inquietara tanto— una señal de vejez en Silvia. Pasión. Amor. Compañeros. Ésa era la secuela programada. No debía perder la sonrisa:

—Anda, vete con él. ¿Qué esperas? ¿Todos los saben, o no? ¿Qué apariencias guardas?

Silvia no movió un músculo, los ojos sonriendo, aprobando de lejos a cada uno de los concurrentes:

—Cállate. Si no fuera por los niños...

Junto a Manuel Zamacona, tomaron asiento Bernardito Supratous y Amadeo Tortosa. Con un mueca de irritación, Zamacona tuvo que abandonar su postura favorita, la récamierina:

—Tenemos que regresar —continuó, pasando la mano por la frente— a la actitud de los hombres señeros, a Pascal, a Goethe, a sentir la reverencia por la vida, a decir con Keats, “Estoy seguro de creer simplemente por el deseo y la alegría de alcanzar lo bello, aun cuando todas las mañanas se quemara mi labor de la noche.” ¿No puede haber, hoy, un Quevedo que ejerza la simple, santa, total profesión de hombre y creador?

Tortosa tosió y adelantó ambos brazos:

—A usted, mi querido Manuel, se le escapan los significados del fluir social. Vive usted demasiado de la nostalgia, suspira usted por ideales derrotados. Claro, y por desgracia, hay que teorizar antes de actuar. Pero teoría quiere decir visión; en última instancia, acción. Hay que sentir el dolor de los pobres, el angustioso imperativo de la solidaridad...

—¡Claro que hay que luchar contra este mundo monstruoso! No se puede continuar con esta cultura conventual, avergonzada frente a la burguesía. La cultura ha tomado un cariz de decorado, es formada por bienes fungibles. ¡Hay que hacerla, de nuevo, insustituible, sagrada! ¡Hay que lograr que todos los hombres se sientan Leonardos! Ésta es la misión del poeta: la misión de la comunicación profunda y sagrada, que es la del amor.

Supratous dicit: —Ciertamente, l’amour est une réalité dans le domaine de l’imagination.

Con la mirada brillante, un rictus de orgullo en la boca, Juan Morales abrió de par en par las puertas de la fonda.

—Pásale vieja, anden chamacos.

Rosa ajustó al pecho su vestido de algodón. Los niños corrieron hacia una mesa desocupada. Juan contoneándose, pasó por entre los demás clientes. Tiró de su bigotillo recto. Un mesero se inclinó:

—Pasen ustedes, señores. Por aquí.

Pepe y Juanito y Jorge apoyaban las barbas en el mantel, leyendo el menú grasoso, mientras la madre se ajustaba el vestido. Juan tomó asiento y comenzó a jugar con un palillo de dientes.

—Juan, estos chamacos ya debían estar en la cama. Mañana tienen escuela y...

—Hoy es un día especial, vieja. A ver muchachos, ¿qué se les antoja?

Juan Morales se rascaba la cicatriz rojiza en la frente

no es fácil, veinte años de ruletear de noche —si lo sabré yo. Ahí está mi bandera en la frente, con quien dice. Cuánto borracho, cuánto hijo de su pelona: que a Azcapotzalco, que a la Buenos Aires tres, cuatro de la mañana. Y de repente, le sorrajan a uno la cabeza, o hay que bajarse y bajar a un cliente, y se acaba con las costillas rotas. Todo por veinte pesos diarios. Pero ya se acabó.

—Bueno, ¿se deciden?

—Mira papá. A esos niños les llevan un pastel. Eso.

—Juan...

—No te preocupes vieja. Hoy es un día especial.

y luego aquellos que tomaron el coche para llevarlo a una emboscada, para robárselo. *Ahí sí que anduve abusado; ahí sí casi me despachan, Rosita. ¿Y de qué me ando azorando? No me lo decía mi padre: “Ay Juan, tú naciste para burro de los demás, para fregarte y cargar con los fardos ajenos. No te olvides de vacilar de cuando en cuando. Haz tu gusto, pero no te hagas tonto: nadie nos pide cuentas de la vida, y se olvidan muy pronto de nosotros.” Pero eso era en la tierra chica; aquí en la capital, hay que andar abusado, o nos comen el mandado.*

—A ver, mozo: un pollito entero, bien dorado, para la familia. Y pastelitos, de esos de fresa, y con su cremita. Y que vengan a tocarnos los mariachis.

Rosa, siempre sola la pobre. Ni cuando andaba pariendo estuve con ella. Siempre lista, con el café a las siete de la noche, agua para la rasurada a las siete de la mañana. (Y las sábanas siempre frías cuando me metía a dormir en la mañana. Siempre heladas. Como si en vez de gente sólo la noche y la escarcha hubieran dormido ahí. Como si Rosa no tuviera su carne pesada, y su sangre, y su vientre lleno de hombre. Nunca los veía. Ahora sí, ahora ya cambia la cosa)

—¿Qué nos tocan, Rosa?

—Ahi que escojan los niños...

—Juan Charrasqueado, Juan Charrasqueado...

La fonda rumiaba un pequeño olor de chipotles y de tortilla recién calentada y sedimentos de grasas y aguas frescas. Juan se acarició la barriga. Miró alrededor, las mesas de manteles floreados y sillas de mimbre y los hombres morenos y vestidos de casimir peinado y gabardina aceituna que hablaban de viejas y toros y las mujeres con melenas negras y encrespadas, acabadas de salir del cine, con labios violeta y pestañas postizas. ¿Quién no los estaba mirando, a él y a la familia?

de aquellos campos no quedaba ni una flor

—Juan, no podemos...

—¿Cómo que no? Esto sí lo quise siempre. Una botellita de vino, de ése de la etiqueta dorada, y sabe...

¿qué tal si no voy con el gringo hoy? ¿qué tal si no estoy en el sitio cuando me piden del hotel para todo el día? ¿qué tal si el gringo no me lleva al Hipódromo y me regala esos cuarenta pesos de boletos?

—Oye, mano, ganaste, ándale a cobrar.

”—¿Cómo que gané? ¿Qué pasó? Oye, ¿y dónde?

”—Cómo se ve la suerte del principiante.

”—Cómo se ve que en tu pinche vida has visto tanto junto...”

—A tu salud, viejita.

pistola en mano se le echaron de a montón

Rosa dejó caer su gran sonrisa mestiza y se chupó la fresa de los dedos.

Ochocientos pesos. “—Tuvo usted la suerte del principiante. Pero no vuelva por aquí o le pela hasta la camisa.” ¡Qué iba a volver! Pero iba a ser chofer de día, se iba a acostar a las once, levantarse a las seis, como la gente. Ahora tenía ochocientos pesos, para empezar con suerte, para que le tocaran los mariachis, para calentarle la cama a Rosa.

Rodrigo Pola salió del elevador con la cabeza baja y las cejas arqueadas. Su traje de gabardina contrastaba con los tonos oscuros

— *Ves: charcoal hues, es la moda en Londres*

de los otros invitados. Se acercó al grupo giratorio de Manuel.

— *L’amour est une réalité dans le domaine de l’imagination.*

Cienfuegos apoyó ambas manos en la pared. Lo pensó mejor, y comenzó a chupar una aceituna negra de cocktail. Supratous. *L’Amour Est Une Réalité...* Frase en este estilo, silencio en toda otra ocasión impenetrable, le habían acordado su fama de oráculo. Exclusivo lector de biografías (¿vivir o prestado, dijo alguien?): producto elaborado de su pedestal. Por estas fechas, debía leer la vida de Talleyrand; ya en otras ocasiones, había entreabierto las rendijas de su genio a la admiración colectiva gracias a Maquiavelo, Napoleón, Shaw, Wilde y Guillermo Prieto —se le conocía, así, la visión, la osadía, la brillantez conceptual, el cinismo y el sabor de la tierra. Y López Wilson, el joven astígmata: viene para conocer de cerca al enemigo, pisar sus terrenos, para servir de testigo presencial al derrumbe de la clase capitalista, y participar, mientras tanto, de sus placeres. Ahí están, todos, poeta de provincia, consciente de estar recibiendo sus primeras lecciones de frivolidad mundana; matrimonio à la page, profesional de la elegancia: el mundo es el espejo, ¡envidiable!, de sus atractivos y su humor; el novelista de la cara de papa, inexpresiva, surgido de quién sabe qué entrañas de tierra desmoronada: como un volcán mudo, arranca el talento de la pura opacidad, y su voz monocorde enumera pueblos y rancherías, señores curas y caciques y niñas de provincia que quedaron a vestir santos. Ahora se pavonea el autor sin libros, en la vigésima edición de sus primeras veinte cuartillas: qué importa, es un genio porque es cuate, nos cae bien, es chistoso: esto es importante en México. El intelectual burócrata, titular de toda la reticencia y buen sentido del mundo, los jóvenes poéticosocialistas que en Marx han encontrado su Dadá; los chambistas, los redentores de Sanborn’s, los mecenas de cocktail, y el que con sus breves notas dominicales crea y derrumba reputaciones. Y frente a ellos, los demás, los del otro bando: los seguros, los que desprecian (¿nunca se enterará el intelectual mexicano del asco y desprecio con que es visto por la “gente popoff?”), la chica que ha declarado querer convertirse en la gran cortesana internacional —tiene su plan perfectamente elaborado: dos artistas de cine, un pelotari, una prueba en Hollywood, tres estaciones en la Riviera, un millonario—; el último vástago de la gran familia: para sí, es también el último gran señor, el irresistible, el que nació para brillar en los salones con una boquilla de marfil, para seducir a ciertas mujeres que sólo desean variar de vez en cuando, para espantar a las vírgenes. Todas las mexicanitas rubias, elegantes, vestidas de negro, convencidas de que dan el tono internacional en este triste país pulguiento y roído. Sus maridos, los abogados de éxito, los incipientes industriales, creen estar penetrando (aquí, en todas las fiestas de todos los Bobós) la zona de la recompensa definitiva, los grandes placeres, del loco éxito. Y los arrimados a la grandeza: los jóvenes oscuros, hijos de pequeños burócratas y profesores de primaria, súbitamente transformados, en virtud de su anexión a la figura social del momento, luciendo su sello común de finura pegada con saliva: el chaleco a cuadros

el corte de pelo Marco-Fabio-Bruto. La marea de marquesados destituidos arrojados al altiplano por guerra, y su maestro de ceremonias: Charlotte García. Bobó, desesperado por urdir un enjambre de alegría y diversión: un grupo, El Grupo. Y los que importan, los que pueden fracasar: Rodrigo Pola, llevado por cada rechazo a la posición contraria de quienes lo rechazaron; Manuel Zamacona, que nunca tocará lo sagrado, nunca encontrará la explicación vital... Y Norma... Y Federico. Los que tendrán el valor y la paciencia de recordar.

Un lejano murmullo hablaba de pertinaces virtudes:

Porque siento que no siento...
Cuando ya mi sangre advierte
que lejos de ti no hay vida,
viene la Parca y se vierte
en un regreso que es ida.

El grupo de Manuel asentía, guiñaba, murmuraba; Tortosa agitaba sus aspas:

—Yo creo haber logrado esta comunicación de conciencia con los pobres: no me mire usted así: no es necesario ser cocinero para juzgar una tortilla de huevos. Me ve usted aquí, sentado, bebiendo en una fiesta de Bobó, pero nunca me verá ajeno, ni por un instante, a mi preocupación hacia las clases menesterosas. Sí, haríamos bien en preguntarnos, ¿tengo derecho a mi biblioteca y a leer los domingos por la mañana a T. S. Eliot, tengo derecho a mi cómoda culturita, tengo derecho a sentarme en casa de Bobó a fabricar frases, cuando en mi propia tierra estoy viendo las tragedias de los braceros y del Valle del Mezquital?

—No quiero recordar mis lecturas más pedantes —interrumpió Zamacona—, pero usted también sin duda, aguanta la respiración cuando viaja junto a un peladito en los camiones.

Pola levantó el dedo: —No todos tenemos que ser el cochino hombre de la calle o, por oposición, un homme révolté...

—Ponerse las plumas antes de hablar, amigo —gruñó Zamacona—. En cuanto a Camus, tal vez francés...

Bernardito sintió su oportunidad dorada: —Perdón. C'est pas français parce que c'est idiot.

Al clavarse en él todas las miradas de asombro, Supratous replicó con otra que decía “Nadie entiende mis alusiones”. Rodrigo Pola alzó la voz: —Vamos entendiéndonos. Yo amo a la poesía...

—¿Pero la poesía te ama a ti? —inquirió una voz pastosa a sus espaldas. Era Ixca Cienfuegos.

—¿Es Ixca Cienfuegos?

—Es un sangrón, caro Príncipe. Como Dios: en todas partes, nadie lo puede ver. Entrada libre a los salones oficiales, a los de la high-life, a los de los magnates también. Que si es el cerebro mágico de algún banquero, que si es un gigoló o un simple marihuano, que si viene, que si va: en fin, una fachada más de este mundo inarmónico en que vivimos.

Gus se ajustó su saco de pana roja:

—¡Armonía, armonía, princeps meus! Los griegos sí entendieron que la armonía era el valor supremo. En la armonía se resuelven los contrarios. Si lo principal es la armonía, puedes amar a quien gustes, no como estos merengueros que insisten en que te acuestes con viejas petaconas y apestosas. Un hombre nunca huele mal.

El Príncipe Vampa asentía desde su columna de humo. Charlotte García, que en ese momento se reincorporaba al grupo, rió al ritmo de su martini:

—El pudor es cuestión de alumbrado, dicen que dicen. Saben el acto de osadía que es para mí venir chez Bobó; las cosas con Lally no andan bien. Pero cuando llegue, le diré la verdad: que es un acto perverso, que me ha hecho daño, pero que la adoro. ¡Oh último de los Vampa! ¡Estoy tan fatigada, tal

- [download Palace Circle: A Novel](#)
- [Encyclopedia of Electronic Components, Volume 1: Resistors, Capacitors, Inductors, Switches, Encoders, Relays, Transistors pdf, azw \(kindle\), epub](#)
- [read online A Practical Wedding: Creative Ideas for Planning a Beautiful, Affordable, and Meaningful Celebration pdf](#)
- [Pigeon English here](#)
- [read Blue Mars \(Mars Trilogy, Book 3\) here](#)
- [click Kajira of Gor \(Gorean Saga, Book 19\)](#)

- <http://rodrigocaporal.com/library/Wounded.pdf>
- <http://monkeybubblemedia.com/lib/The-Promise--A-Tragic-Accident--a-Paralyzed-Bride--and-the-Power-of-Love--Loyalty--and-Friendship.pdf>
- <http://rodrigocaporal.com/library/A-Practical-Wedding--Creative-Ideas-for-Planning-a-Beautiful--Affordable--and-Meaningful-Celebration.pdf>
- <http://junkrobots.com/ebooks/Pigeon-English.pdf>
- <http://www.1973vision.com/?library/A-Life-Apart.pdf>
- <http://rodrigocaporal.com/library/Kajira-of-Gor--Gorean-Saga--Book-19-.pdf>